

LOS HISTORIADORES Y JESÚS

El mismo presbítero que hace dos semanas me dedicó un artículo de revista a propósito de un coche que atropelló a un sacristán, vuelve a aludirme en el último número. Se empeñan los santos padres en proporcionarme un pasatiempo ameno y barato. Los agita un singular prurito por molestarme y no lo consiguen. La vez anterior motivaba el artículo del presbítero el hallazgo misterioso, en Egipto, hace 18 años, de un pedacito de papiro carente de toda importancia y ahora se trata de un trozo de mármol de 60 cms. por 37, en cuya cara principal está escrita una ordenanza del César que castiga con la pena de muerte la profanación de sepulturas. El señor presbítero saca de ese hallazgo una deducción fantástica: si el emperador romano es desconocido, si la fecha del edicto es igualmente ignorada, si no se nombra en él a Jesucristo ni directa ni indirectamente, el edicto debe referirse a la resurrección de Jesucristo, porque un catálogo de anticuario (que no es, como se comprende, de los primeros siglos de la era cristiana sino del año 1878) le atribuye haber sido encontrado en Nazaret, lo que probablemente no será cierto. ¡Admirable! Pero la autoridad de los anticuarios ha decaído mucho a consecuencia de su excesivo ingenio para encontrar objetos raros. Una vez se exhibía en un escaparate de anticuario un botón de la bragueta de Don Juan Tenorio. Por el estilo ha de ser la lápida de Nazaret. En materia de interpretación científica nada puede pedirse más perfecto que la del señor presbítero. Tiene la misma claridad meridiana de toda la documentación apócrifa y artificiosa que sirve de fundamento a las leyendas evangélicas.

No me preocuparía de este divertido descubrimiento si el señor presbítero no me metiera en danza, pero me ha metido. Parecería que los clérigos argentinos no pudieran vivir sin ocuparse de mí. Es que tratan mañosamente de hacer creer a sus crédulos adeptos que yo, el hombre más tolerante en materia religiosa, tengo la preocupación de perseguirlos y que al escribir sobre temas que ellos consideran de su exclusiva propiedad lo hago valiéndome de informaciones superficiales o falsas.

Pero yo pregunto: Si esos señores conocen los principios del cristianismo y la historia del cristianismo mejor que yo, ¿por qué rehuyen la discusión de los puntos fundamentales que yo he abordado y malogran su ciencia profunda en disquisiciones subalternas?

El presbítero en cuestión pretendió rectificarme y sostuvo que el cuarto evangelio fue escrito por San Juan, sin otro apoyo que un fragmento de copia de cinco versículos, sin darse cuenta de que una copia nada prueba acerca del autor del original. Le contesté y se quedó mudo.

Algo pudo decir también acerca de los juicios del abate Loizy, que cité con el fin de demostrarle que en muchos casos, dentro mismo de la Iglesia, han tenido eco las conclusiones de la crítica científica sobre el origen y el carácter de los evangelios y sobre la actitud sistemáticamente intolerante del clero. Ha preferido callarse.

Pero, como él, a semejanza de todos los presbíteros, abriga el propósito deliberado de hacer creer en la verdad de las leyendas que ha destruído la crítica, a los inefables admiradores de todo lo que profieren los labios de los presbíteros, me llama con iracundia cristiana "seudo historiador" (nunca me he pretendido historiador) y se finge escandalizado de que yo dijera que la muerte de Jesús había sido en Jerusalén un acontecimiento sin trascendencia y que ningún historiador la relata, ni aún la menciona. Deduce de allí que yo no conozco las alusiones a Cristo, de Tácito y Suetonio. Se empeña, pues, en provocarme a la discusión de un tema histórico ingrato para la Iglesia y sería lástima dejarlo sin la correspondiente sanción.

Cualquiera que no sea presbítero se da cuenta de que al hablar yo de la falta de relatos históricos sobre la vida y muerte de Jesús me refería a relatos históricos de testigos presenciales o por lo menos de escritores contemporáneos anteriores a los evangelios y no de quienes hayan podido escribir muchos años después

tomando los datos de la leyenda evangélica. Eso lo entiende cualquiera; pero, por lo visto, supera el poder de comprensión de un presbítero. Yo no tengo la culpa.

Tácito y Suetonio presentados como contemporáneos de Cristo, murieron respectivamente en los años 1.020 y 1.041 y son en realidad, escritores del siglo II. Lamento que no lo sepa el señor presbítero. Aun en el supuesto de que las referencias breves e indirectas que contienen acerca de los cristianos y de "Chrestus" o "Cristus" no hubieran sido interpoladas por escribas cristianos en el siglo III, como es la creencia general, acusarían datos de segunda mano cuyo origen no consignan ni el uno ni el otro, y no se trataría de los relatos directos de autores contemporáneos cuya ausencia total yo he señalado.

Los historiadores cuyo testimonio haría fe serían Justus de Tiberiade y Josefo, judíos de Jerusalén, y ninguno de ellos tuvo noticias de la predicación de Jesús, ni de sus milagros, ni de su muerte, ni de su resurrección. Nada ganaría el señor presbítero con pretender que hicieron el vacío a Jesús, pues si los hubiera movido un sentimiento mezquino de hostilidad se les presentaba una excelente oportunidad para exhibirlo como impostor, y no la habrían desperdiciado.

La verdad pura es que ni Justus ni Josefo conocieron a Jesús, ni supieron de la predicación que le atribuyen los evangelios.

Justus de Tiberiade, tan minucioso en su *Historia de la Insurrección Judía*, no lo nombra en absoluto y otro tanto ocurre en verdad con Josefo.

El Sanedrín encargó a Josefo la defensa de Galilea contra la invasión romana, y ello le hubiera dado la mejor oportunidad para recoger sobre el terreno la tradición viviente de la doctrina y de la predicación del Nazareno. Josefo nada oyó en Galilea, como antes nada había oído en Jerusalén, eso que su padre era uno de los sacerdotes que habrían juzgado a Jesús bajo la suprema autoridad de Caifas.

En su historia de *La Guerra Judía*, en siete libros, el nombre de Jesús brilla por su ausencia, y el capítulo VII del libro I, que he confrontado esta mañana, está dedicado a las tres únicas sectas religiosas y filosóficas que reconoce en Palestina y son los fariseos, los saduceos y los esenios. Los cristianos no figuran.

"Gracias a Josefo -dice Renán- Herodes, Herodiades, Antipas, Ana, Caifás, Pilatos, son personajes que nosotros tocamos, por así decir, y que vemos vivir con una realidad impresionante" (*La Vida de Jesús*, pág. XLI). Tienen pues un sitio destacado en la obra de Josefo personalidades inferiores a Jesús, y sólo éste y su predicación pasan inadvertidos. El buen sentido denuncia la imposibilidad de una omisión deliberada.

Josefo se alejó de Palestina después de la destrucción de Jerusalén. Instalado en Roma adquirió un señalado valimiento en tiempos de Tito y aún después. Latinizó su nombre, firmando en adelante Flavius Josephus y continuó escribiendo hasta la época de su muerte. Produjo aparte del *Contra Apion*, las *Antigüedades Judías*, en veinte libros que es donde los cristianos -quizás en el siglo III- han interpolado el breve párrafo en el cual, sin entrar en detalles, dice que Cristo apareció en tiempos de Pilatos y da a entender que él cree en su divinidad y en su resurrección. Colmaban así los cristianos un vacío que les resultaba muy molesto.

Los romanos dejaban su religión a los pueblos vencidos y no intervenían en sus discordias religiosas. El proceso de Jesús, si hubiera existido, constituiría una excepción que historiadores como Josefo y Justus no habrían dejado sin considerar en sus orígenes y en su aspecto institucional, sobre todo Josefo, en el supuesto de ser suyo el párrafo que se le atribuye y la mención de la sentencia de Pilatos.

Los propios escritores católicos que se respetan, admiten la interpolación fraudulenta de ese párrafo revelada por su simple lectura, pues, aparte de carecer de las informaciones concretas que Josefo no podía omitir en su obra, tan circunstanciada, está en abierta contradicción con sus creencias y opiniones.

Los que buscan la verdad y juzgan serenamente los hechos y los escritos históricos no pueden admitir la posibilidad de que, si Jesús hubiera desempeñado en Galilea y en Jerusalén el papel que le atribuyeron los evangelios y que si Josefo hubiera llegado a creerlo un dios y un hombre resucitado, sólo le hubiera dedicado

un breve párrafo, no en su libro principal de historia, sino en las *Antigüedades Judías* y no hubiera hecho un relato más completo de su vida y sus hechos.

Un contrasentido así puede admitirlo un presbítero de campaña y nadie más. Josefo por convicciones religiosas no podía creer en la divinidad de Jesús y seguramente no creía en la resurrección. En presencia de un caso tan insólito que echaba por tierra sus convicciones, lo menos que podía hacer era exponerlo con detenimiento. La verdad, como dije antes, es que nunca tuvo conocimiento directo de la vida de Jesús y la literatura evangélica quizás no llegó a su poder, dado el carácter privado que tenía su circulación, o bien, no le habría parecido digna de mención.

Filón, llamado por Renán, en razón de sus ideas, "hermano mayor de Jesús", vivió hasta el año 45, más o menos, y habría sido un testigo de un gran valor, pero tampoco menciona a Jesús en sus escritos, y eso, tratándose de un hombre de la honestidad intelectual de Filón, indica que nunca oyó hablar de él.

Podría descartar a Tácito y a Suetonio por no ser historiadores judíos contemporáneos de Jesús, por ser posteriores a los evangelios y por carecer de informaciones directas. Pero como el señor presbítero se ha especializado con ellos y pretende que yo no conozco "la celeberrima afirmación de Tácito y la no menos famosa cláusula de Suetonio", quiero demostrar su desconocimiento de las opiniones que atribuye ligeramente a esos dos escritores o su mala fe.

Tácito en los *Anales* no se ocupa directamente de Jesús, ni narra su vida ni sus hechos. En el pasaje concerniente a los suplicios que se aplicaron a los cristianos en tiempos de Nerón, dice que el nombre "Chrestiano" les viene de Christo, a quien bajo Tiberio el procurador Poncio Pilatos condenó a muerte.

Pero se sabe bajo la fe de Tertuliano, gran autoridad de la Iglesia, que Tácito lo ignoraba todo acerca de los judíos y de los cristianos. Creía que su dios era "un hombre con cabeza de asno" y tampoco sabía que Cristo, en griego quiere decir Mesías.

Se trataría, pues, en caso de no haber sido interpoladas esas brevísimas palabras -como se cree- de un concepto vago recogido de la leyenda evangélica en el siglo II y no de una referencia histórica contemporánea del hecho afirmado, que haga fe.

En el caso de Suetonio es aún más imperdonable la ligereza del señor presbítero. No hay tal cláusula celeberrima de Suetonio, sino en las cabezas de los curas, deformadas por el sectarismo, y no resulta claro que la vaga alusión de Suetonio se refiera a Jesús.

Consiste la "cláusula celeberrima" en una frase de dos líneas en que dice Suetonio que Claudio expulsó de Roma "a los judíos", porque "excitados por Chrestus promovían desórdenes". Suetonio (en el siglo II) habla, pues, de los judíos y no de los cristianos, y el Chrestus a que alude era un judío que vivía en Roma. El nombre de Chrestus se daba en esa época a los esclavos y a los libertos.

Pero aun concediendo por liberalidad, que se tratara de los cristianos y de Jesús, es tal la vaguedad de la frase que sólo un presbítero ofuscado puede encontrar en ella fundamentos suficientes para afirmar que yo no estuve en lo cierto al sostener, como tantos otros, que ningún historiador contemporáneo de Jesús refiere su muerte.

En presencia de pruebas como las que dejo dadas sostengo que el presbítero don Juan S. Gaynor -así se llama mi agresor- no tiene el menor derecho a decir que yo he deshonrado el buen nombre de la Nación al hacer mías conclusiones que comparten infinidad de escritores eminentes, y en cambio yo puedo afirmar que él va en camino de deshonrar el nombre del clero argentino exhibiéndose tan desprovisto de conocimientos o de buena fe.

Si las fábulas infantiles sobre los misterios de la religión convencen a los clérigos, a mí no me sucede lo mismo, y prefiero creer que Jesucristo es una figura simbólica y en este sentido muy atrayente y respetable. Un mito análogo a los mitos de otras religiones. El de Mithra, último dios solar, ofrece una gran semejanza. Y de que la figura de Jesús fuera simbólica no se deduciría

necesariamente que no haya existido como persona humana, sino que ha servido de base a una leyenda, a semejanza de Buda hombre, que fue también convertido en dios por sus adeptos.

Voy a entrar ahora en otro terreno donde el señor Gaynor no me espera: voy a probarle con el testimonio del apóstol de los gentiles, santo de la iglesia católica, que Jesucristo es nada más que una figura simbólica. El testimonio que le ofrezco es el de San Pablo.

He recordado en mis artículos anteriores lo que significan las epístolas de San Pablo en relación con la existencia real o simbólica de Jesús, y los señores presbíteros que me habrían rectificado hasta una coma, si les hubiera sido posible, han guardado al respecto un silencio de muertos. No quieren tocar el punto.

San Pablo, como se sabe, era un judío de Tarso, sectario violento del fariseísmo, convertido al cristianismo años después de la discutida crucifixión. Muchos años antes de aparecer los evangelios escribió varias epístolas acerca de la nueva religión, realizó giras de intensa propaganda catequista y fundó las primeras iglesias cristianas del Asia Menor y de la Grecia. Es, en realidad, el verdadero fundador de la Iglesia Católica.

Pues bien, ese hombre que el año 33 tenía 23 años, que vivía en Jerusalén y que era un militante exaltado del fariseísmo, no conoció a Jesucristo y, por consiguiente, no presenció sus milagros, ni escuchó su doctrina, ni lo vio arrojar a los mercaderes del templo, ni supo de la crucifixión del Gólgota. ¿Podría ser creíble todo eso si la predicación, los milagros y la crucifixión hubieran existido? En sus epístolas guarda un silencio al respecto tan absoluto como Justus o Josefo y no anticipa uno solo de los hechos que aparecerán después en los evangelios con lujo de detalles sobrenaturales.

San Pablo no sólo ignora los hechos concernientes a la vida de Jesús sino su doctrina. En su propaganda enuncia conceptos propios y no doctrinas que haya concretado Jesús. La crucifixión (de la que no da detalle alguno), la resurrección que no ha presenciado, el fin inmediato del mundo, el reino de Dios y la resurrección de los muertos el día del Juicio Final, son las ideas que agitan alrededor de la evocación confusa de una figura simbólica, cuyo próximo descenso del cielo en una nube, anuncia.

De todo esto resulta, sin duda, la afirmación indirecta de la existencia de Jesús, requerida por las finalidades de la propaganda, pero no resulta ni un conato de prueba. San Pablo, en sus epístolas, se dirige a personas que, muchas de ellas, residían en Palestina en los días correlativos con la vida de Jesús, y no podía inventar hechos fabulosos. Le habrá sido imposible a él afirmar ante los contemporáneos que 5.000 personas comieron de cinco panes, señalar el sitio donde habría ocurrido el acontecimiento y encontrar quien le creyera. No ocurre lo mismo con los evangelios sinópticos, posteriores más de 40 años a la fecha en que habría muerto Jesús y escritos en griego, lengua muy poco o nada difundida en Galilea. Uno de los evangelistas, Lucas (Lucanus) no habría estado nunca en Palestina, aun cuando su familia fuera de origen judío. Escribió su evangelio en griego, como acabo de decir, y podía dar rienda suelta a su imaginación y a su inventiva sin temor a las rectificaciones, tanto menos probables cuanto que esos trabajos manuscritos tenían una circulación privada, muy limitada.

San Pablo se encontraba en otra situación y debía ajustarse a una mayor verdad en lo concerniente a los hechos, y por eso se ha supuesto que prefirió aparecer como no habiendo conocido a Jesús, ni asistido a su predicación, antes que comprometerse en narraciones falsas.

San Pablo en los primeros tiempos era comunista, del mismo modo que Jesús lo habría sido según los evangelios, pero su aforismo célebre "el que no trabaja no debe comer", que ha sido inscripto después en la Constitución soviética, no lo deriva de Jesucristo ni se lo atribuye; es un concepto propio, como todos los conceptos suyos, aun cuando tenga una coincidencia perfecta con la condenación de los ricos por ser ricos y la glorificación de los pobres, por ser pobres, que 35 ó 40 años después el evangelio pondrá en labios de Jesús.

Este testimonio negativo, si se quiere, que emerge de la predicación de San Pablo, arroja una luz resplandeciente sobre el mito fundamental del cristianismo, y meditando sobre él podrá sacar el señor presbítero más provecho que de las inoperantes afirmaciones de Tácito y Suetonio.

Y nada de esto resulta en sí mismo, irreverente, a menos de confundir la religión con los curas. El concepto religioso se destaca como un proceso humano que responde a la necesidad de creer en lo sobrenatural que tuvieron las sociedades primitivas, concepto que se mantiene aún y se mantendrá durante muchísimo tiempo en términos más o menos convencionales. El tiempo ha influído y seguirá influyendo sobre él e imponiéndole modificaciones que lo alejen de la simple idolatría a la que tienden los espíritus limitados o groseros.

El efecto que causa la difusión de la verdad es más nocivo para la iglesia militante -institución social que administra en su provecho las creencias religiosas- que para la religión misma, y de ahí emana el empeño de los presbíteros en presentarnos a los que sólo buscamos la difusión de los conocimientos como si estuviéramos empeñados en una campaña personal y mezquina contra los clérigos.

Nada es más inexacto; y por lo que a mí respecta he deseado siempre que se les deje en plena libertad y seguridad mientras se limiten a predicar sus errores a la muchedumbre de fieles que quieren y hasta piden ser engañados. Pero no se contentan con tan poco; pretenden dominar el Estado para imponer sus errores a los que no quieren ser engañados y coartar todas las manifestaciones de la libertad de conciencia. Eso no se les puede permitir.

Si se les dejara hacer, aplicarían de inmediato las célebres máximas de Santo Tomás de Aquino. "El mundo debe ser gobernado por el Espíritu Santo" dice el profundo teólogo que la Iglesia exalta. Y como el Espíritu Santo nunca ha dado señales palpables de su existencia y no se le puede confiar el gobierno sin que haga acto de presencia terrenal, Santo Tomás inviste a la Iglesia de su representación y reclama para ella el gobierno del mundo. "El poder civil debe estar sometido a la Iglesia", exclama. Otro aforismo suyo establece que los herejes "deben ser castigados con la pena de muerte" y si se arrepienten pueden salvar la vida, pero sus bienes serán confiscados en beneficio de la Iglesia.

En la Edad Media esas monstruosidades fueron una realidad, hasta que Felipe el Hermoso, el primero, puso coto en Francia a los avances de la teocracia sobre el poder civil. La Iglesia sueña con volver el mundo a la Edad Media. Medítese sobre lo que dicen en la desventurada España los cardenales y los obispos y se verá cómo, si pudieran, restaurarían la teocracia.

No combatimos, pues, un vano fantasma, sino un peligro real, aun cuando, por fortuna, haya de seguir revolviéndose en la derrota.

Asimismo dejo constancia de que en cuanto a mí respecta no hago sino responder a provocaciones en una materia de la que nunca me había ocupado.